

De aquella ciudad un día
Por las calles presentóse
Con los ojos encendidos,
Demudadas las facciones,
Y al pueblo furioso incita
Con sus gestos y sus voces,
Para que le siga y salve
A Málaga de opresores.
El fanatismo del vulgo
Sus locas frases acoge,
Y frenéticos le siguen
Hasta cuatrocientos hombres.



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

Apenas la luz del alba
Doraba los horizontes,
Cuando en el campo cristiano
Confuso rumor alzóse;
Y del de Cádiz la gente,
Por los rudos pelotones
Que al ciego Santon veneran,
Envuelta un momento vióse.
Mas con ellos arremeten
Nuestros valientes peones,
Y el moro que allí no cae,
Vencido á Málaga corre.

Sin mezclarse en la contienda;
Extasiado, fijo, inmóvil,
Con las manos hácia el cielo
Al viejo Santon hallóse.
Nuestra gente le distingue,
Admirada contemplóle,
Y al noble marqués presentan
Aquel tan estraño hombre.
El de Cádiz sorprendido,
Su designio preguntóle:
Él contestó que era santo;
Que por los astros conoce
Lo que del asedio resta;
Lo que tal vez á él importe.
El marqués quizá curioso,
Que se explique exige entonces;
Y él, que delante del Rey
Solo debe hablar, responde.
Sus Altezas aun no pueden
Recibirle, y por su orden,
De Alvaro de Portugal
A la tienda dirigióse.
Entra en ella el moro, y viendo
El lujo de sus señores,
Piensa hallarse con los Reyes;
Tira de un arma que esconde,
Y en la cabeza á D. Alvaro
Herida tal infirióle,

Que en el duro pavimento
Cayó sin sentido el jóven.
A Beatriz de Bobadilla
Enfurecido volvióse
Con el puñal levantado
Para repetir el golpe;
Mas por fortuna el acero
Ligeramente enredóse .
De aquella lujosa tienda
En los ricos pabellones.
En el acto lo desarman
Belalcazar y Rui-Lopez,
Y los cristianos guerreros
Sobre él se lanzan veloces;
Dánle muerte; su cadáver
En la catapulta ponen, (6)
Y lo arrojan á la plaza
Do los suyos lo recogen.

Todo en el campo es ventura;
De Medina el Duque noble,
Al cerco bizarro llega
En pos de gloria y honores.
Todo en la ciudad es duelo;
El hambre y las privaciones,

En los hogares del moro
Ya despliegan sus horrores.
Allí, tan solo se escuchan
Del guerrero las canciones;
Aquí suspiros del alma,
Ayes y quejas se oyen;
Allí, esperanzas es todo;
Aquí, todo sinsabores.
Y desesperado el pueblo
Por plazas y calles corré,
De tanto sufrir cansado;
Sin fuerzas, sin ilusiones.



P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

De aquel santón concluyeron
Los funerarios honores,
Y otro *Dervich* se presenta (7)
De profeta con el nombre.
Lleva una bandera blanca,
Y dice que Alláh envióle
Para arrojar de sus tierras
Los cristianos invasores,
Si con denuedo le siguen,
Y en él su esperanza ponen.
Los alarbes despechados
A su esfuerzo corresponden;


El Zegrí con gran respeto
Al falso santón acoge,
Y á Gibralfaro lo lleva
Porque el pueblo aliento cobre,
Aquella bandera blanca
Alzando sobre una torre.

Mas ¡ay! que el hambre crecía,
Y los tristes moradores
De la ciudad, moribundos
Claman con débiles voces,
Que se entreguen cual vencidos
Y más resistir no osen.

¡Qué cuadro tan lastimero
Málaga presenta entonces!
Doquier pálidos, inermes,
Con luto en los corazones;
Con lágrimas en los ojos,
Llena el alma de dolores,
Al cielo pidiendo auxilio
Con sus ayes y oraciones,
Febriles, hambrientos, vagan,
Niños, mugeres y hombres.
Del Dervich la blanca enseña,
Freno á tal dolor no pone;



Y ya del Zegrí murmuran
En confusion y desórden.
A Aly-Dordux se presentan,
Pidiendo que los rigores
De Amet contenga, y entreguen
La plaza á los españoles.
Y Aly-Dordux á quien siguen
Dos moros graves y nobles,
Se dirige á Gibralfaro
A esponer sus peticiones.



Ante un bufete de piedra,
Sobre ricos almohadones,
De una lámpara de hierro
Á los ténues resplandores,
Del castillo en una cuadra
Severos, tristes, inmóviles,
Véanse dos hombres sumidos
En amargas reflexiones.
Pergaminos con figuras
Cabalísticas é informes
Sobre el bufete se hallan
En aquella aciaga noche;
Y entre las sombras que apenas
La luz amarilla rompe,

Del Dérwich y el Zegrí bravo
Distínguense las facciones.

Aly-Dordux, al castillo
Llegó y con sereno porte,
Ante los dos personajes
Los males del pueblo espone.
Amet-Zegrí le contesta,
Que aquel santo no desoye
Sus quejas, y que sus cuitas
Han de extinguirse veloces.
«¡Alahu-Akbar! Dios es grande! (8)
»Que seremos vencedores,
»Está escrito: En Dios confien;
»En él su esperanza apoyen.»

Apenas los mensageros
Bajan del castillo, alzóse
Confuso rumor de armas
De atabales y de voces;
Y es que Amet con sus gomeres
Al campo cristiano corre,


Para morir como bueno
Al frente de sus legiones;
Último esfuerzo que á un héroe
El fanatismo inspiróle.
El Dérvich con su estandarté
Precedia á aquellos hombres;
El pueblo escuálido al verle
Se prosterna entre clamores,
Y ¡*Alahu-Akbar!* todos gritan:
Solo ¡*Alahu-Akbar!* se oye.
Asi la ciudad dejaron,
Y sus tristes moradores,
Con ánsia y temor coronan
Las murallas y las torres.

Consejería de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA

VII.

LA ENTREGA.



Ya los gomeres se arrojan
Contra las cristianas fuerzas,
Por Amet-Zegri guiados
Tras de la blanca bandera.
Todos, de la patria juran
Perecer por la defensa;
Y de los grandes Maestros
Arremeten las trincheras,
Estrago terrible haciendo,
Devastando cuanto encuentran.
Mas un moro, en lo mas rudo
De la horrisona pelea,
Ante unos niños se para
Y con heróica clemencia,

«*Andad, rapaces*» les dice,
 «*A vuestras madres y apriesa.*»
 Aquella piedad el Dérvich
 Le reprende con dureza,
 Y él responde: «*los matára*
 »*Si barbas en ellos viera.*»
 Accion noble que la historia
 En sus páginas recuerda,
 Y á la cual el Rey Fernando
 Dió cumplida recompensa.

Alármase el campamento
 De un ataque que no espera,
 Y por guardar á los Reyes
 A sus tiendas se replega.
 Terrible fué la batalla;
 Los arcabuces resuenan,
 Picas y alabardas hieren,
 Cruzan el aire las flechas:
 Entre nubes de humo y polvo
 Hombres y caballos ruedan,
 Y en el espacio se pierden
 Gritos, lamentos y quejas.
 ¡Santiago! ¡Cierra España!
 Claman los nuestros, que cierran

Con la morisma que cede,
Y por un instante ceja.
Amet-el-Zegri furioso
A sus gomeres alienta;
Y ardiendo de rabia el Dérvich,
Agita su blanca enseña.
Los moros por él guiados
Se lanzan á la refriega,
Y á los parapetos corren
Entre el fuego y las saetas;
Empero Castilla vence,
Los árabes desalientan,
Y en confuso tropel huyen
Seguidos de nuestras fuerzas.
Por rehacer á los gomeres,
En vano el Zegri se empeña;
Y de oprobio y dolor llenos,
En Málaga al fin se entran.
Con denuestos los recibe
El pueblo que se subleva:
Amet-el-Zegri, perdido
Su ascendiente, el mando entrega,
Y en el castillo se esconde
Devorando su vergüenza.

Alí-Dordux le sucede,
Y es su decision primera,
Mandar un parlamentario
Ofreciendo al Rey la entrega,
Si respetarles promete
Las vidas y las haciendas.
«De condiciones no es tiempo,»
Dijo el Rey con entereza;
«Y pues recursos no tienen
»Al vencedor se sometan.»
Vuelven á hacer peticiones,
Mas nada logran con ellas;
Y «que á discrecion se rindan,»
Solo obtienen por respuesta.
Las moros ciegos de rabia,
Desesperados contestan,
Que si á su ruego no acceden,
Colgarán de las almenas
Mil y quinientos cristianos
Que en sus mazmorras conservan.
Pero el hambre los consume;
De Alí-Dordux la voz suena,
Que entre el inerme gentío
Así potente se eleva:
«Hijos de Málaga; solo
Ya la esperanza nos resta
De implorar ante él rendidos
De Fernando la clemencia.

Y si el monarca desoye
Nuestro llanto y nuestras quejas,
Á los piés nos arrojémos
De la magnánima Reina.

Ya depuestos sus rencores,
Piedad el vencido espera
Y á Ali-Dordux autoriza
Para efectuar la entrega.
Parte el moro ilustre al campo
Con regalos de oro y seda,
Perfumes y ricas joyas,
Y á los reyes se presenta:
Y en su indulgencia fiando
Su virtud y su grandeza,
Dice, que se entrega el pueblo;
A sus plantas se prosterna,
Y por ellos indultado.
Con otras familias queda.
Y Don Gutierre de Cárdenas
En nombre de sus Altezas,
Armado de punta en blanco
Yá la ciudad atraviesa.
Y á la alcazaba subiendo,
En aquea torre vieja

Que su frente carcomida
Aun sobre Málaga eleva,
Entre vítores y salvas,
De Castilla la bandera
Alzára, y de Santiago,
Y de la Cruz, las enseñas.
¡Fernando!... ¡Isabel!... ¡Castilla!!!
Tres veces allí resuena;
Y estos gritos de victoria
Se confunden y se mezclan
Con los ayes y los vivas,
Y las músicas guerreras...
El diez y ocho de Agosto
Del año de nuestra era
Que á la sazón se contaba
Mil cuatrocientos ochenta
Y siete, llevóse á cabo
Tan grande y feliz empresa.

El pueblo devora ansioso
Los víveres que la Reina
De su mal compadecida,
Que le repartan ordena;
Mientras Amet despechado,
Con indignacion contempla

La santa cruz que corona
Sus árabes fortalezas:
Y vaga por el castillo
De furor el alma llena,
Para entregarse exigiendo
Condiciones altaneras.
«*Que se rinda!*» fué tan solo
De Fernando la respuesta,
Y al fin el héroe se humilla
Del vencedor en presencia.
Y á aquel defensor invicto
De su patria y sus creencias,
De aqueste modo le oyen
Hablar con noble entereza:
«Yo hubiera muerto gozoso
»De mi ley en la defensa,
»Si otros cual yo pelearan
»Y si ayudado me hubieran.»
Y en la torre de Carmona
Al bravo adalid encierran,
Donde con su vida acaban
Su lealtad y su fiereza.

De la ciudad no distante,
Se alza una sencilla tienda

En que un altar se levanta
Con la castellana enseña.
Y mil quinientos cautivos
Que en las mazmorras gimieran,
Por los Reyes libertados
Reverentes se prosternan;
Y al Altísimo dán gracias,
Lágrimas vertiendo tiernas,
Ante la cruz redentora
Que quebranta las cadenas.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

CONCLUSION.

Precedidos de atabales
Y en gran procesion devota,
Los reyes hacen su entrada
Con régia y cristiana pompa.
Delante marchan, Toledo,
Capellan de la corona,
Con una cruz de oro y plata,
Y el buen Cardenal Mendoza.
La alta nobleza les sigue
En actitud religiosa,
Armados de ricas armas,
Ceñidas lucentes cotas.
Sus plumas el viento mece,
Y llevan para su escolta,
De pages y de escuderos
Lucida y brillante tropa.

El sol ardiente de Agosto,
Con sus fuertes rayos dora
Armaduras y alabardas,
Brocados, plumas y joyas.
Y la procesion cerrando,
Se eleva magestuosa
De entrambos Reyes en medio,
La Virgen de la Victoria.
Esa imágen venerada
A cuyas plantas ahora,
En sus dichas y en sus duelos
Málaga humilde se postra.
¡Descalzos marchan los Reyes,
Probando á su gente absorta,
Que de Dios delante, humillan
Su esplendor y su corona!...
Y setenta mil guerreros
Con sus gritos de victoria;
Y el tronar de las lombardas,
Y las músicas sonoras,
Sublime entusiasmo prestan
A aquella escena de gloria,
Que recuerdan con orgullo
Nuestras almas españolas!!...



FRAY JUAN DE LA PUEBLA.

LEYENDA TRADICIONAL.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



JUNTA DE ANDALUCÍA

SIGLO XV.

I.

¿Nunca visteis coronando
Nuestras graciosas colinas,
Su antiguo esplendor mostrando
Y aun sus almenas alzando,
De un castillo las ruinas?

¿Y su peñon ceniciento
No visteis que ya ennegrece
De los siglos al aliento,
Donde triste zumba el viento,
Donde el ave se guarece?

Ya no se escuchan canciones
En honor de la belleza
Bajo aquellos torreones;
Pero adarbes y bastiones,
Aun pregonan su grandeza.

Cuando pasais arrastrados
Por el ligero vapor
Bajo sus muros gastados;
Al mirarles derrumbados
Por el tiempo asolador,

¿Gratas visiones añejas
No adivina vuestra mente
Tras aquellas tapias viejas;
Y fantásticas consejas
De otra edad y de otra gente?

¿Y no pensais que suspira
Al pié de goda ventana,
La melancólica lira
De fiel trovador que admira
A su apuesta castellana?

Ya no salen los señores
A correr la mora tierra
Con sus vasallos mejores,
Ni resuenan los clamores
De aquellos hombres de guerra.

Ya á la lumbre del hogar
No se escucha al caballero
Sus aventuras contar,
Ni de prodigios hablar
Al fatigado romero.

Ya no hay sangrientas jornadas
Entre señor y señor,
Ni pependencias ni algaradas,
Ni vé sus tierras taladas
El honrado labrador.

Ni festines ni alegrías.
En sus desiertos salones;
Ni de la paz en los días
Se aperciben monterías
Con perros y con halcones.

No cruzan aventureros
Por sus arcos ogivales;
Ni pages ni mesnaderos,
Ni galantes escuderos
Tras las damas principales.

Ya no relinchan corceles,
Ni hay tumultos ni asonadas
Ni guerras con los infieles,
Ni enamorados donceles,
Ni doncellas desoladas.

En sus altivos blasones,
Anidan las golondrinas;
Se rinden los artesones,
Y velan sus murallones
Las seculares encinas.

Pero también cobijando
La rota techumbre oscura,
Se posa un ángel llorando,
Sobre las torres alzando
Sus alas de nieve pura.

Él conserva las memorias
De aquella piedra sombría;
Sus románticas historias:
Que es el ángel de las glorias;
El ángel de la poesía...



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

En una fértil llanura
De altos montes circundada
Y cubierta de verdura,
Ufana con su hermosura
Por tres arroyos regada,

Entre oscuros olivares
De la cordobesa sierra
Donde hubo un tiempo alminares,
En uno de los lugares
Mas amenos de la tierra,

Sobre modesta colina
Entre risco y montecillo
Que pobre aldea domina,
Contémplase la ruina
De formidable castillo.

Fué una antigua fortaleza
Al par que lujoso alcazar,
Do brillaba la riqueza,
Y á la cual por su belleza,
Le nombraron *Belalcazar*.

Un gran Maestre altanero
Sus murallas levantó,
Que cumplido caballero,
Contra el moro, buen guerrero,
Largo tiempo peleó.

Y mi cuento al comenzar,
Cuando Castilla gozaba
Fama y ventura sin par,
Pues que su pueblo á mandar
La grande Isabel llegaba,

Aquella mole severa
Cual la villa, por señor,
Donoso garzon tuviera,
Cuyo ilustre nombre era
Don Juan de Sotomayor. (1)

Una página arrancada
A los rancieros crónicas
Te vá á ser lector mostrada,
Con el encanto adornada
De agüeros y tradiciones.

Y si vieres algun día
El fuerte de que hablo yo,
Recuerda la historia mia,
Y á la que en ruda poesía,
Su pasado te contó.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

II.

Gentil estaba el buen conde,
El conde de Belalcazar,
En una tarde de Mayo
Azul, trasparente y clara.
Era Don Juan un mancebo
De apostura tan bizarra,
De procederes tan nobles
Y de prendas tan hidalgas,
Que ningun señor, ninguno,
De los de aquella comarca,
Ni en gallardia le vence,
Ni en destreza le aventaja.
Nadie cual él, á las fieras
Dar sabe en el monte caza;
Nadie cual él en torneos,
Nadie cual él en batallas.

Como trovador insigne,
Tañe con primor el arpa;
Como guerrero valiente,
Maneja robusta lanza.
Fiestas ofrece á sus deudos
En su riquísimo alcázar,
Donde reina la alegría,
Do ostenta el lujo sus galas.
Todos admiran su fausto,
Todos su valor ensalzan,
Y sus contrarios le temen,
Y le distinguen las damas.
En esta tarde, en el patio
Del castillo cabalgaba,
Sobre un caballo brioso
Que ya impaciente piafa,
En cuyo agudo relincho,
En cuya ardiente mirada,
La pujanza se percibe
De la cordobesa raza.
Luciente cota ceñía,
Rica veste recamada,
Y limpio casco de acero
Que su rostro recataba,
Cuya cimera la forman
Condal corona dorada,
Con un ligero penacho
De plumas jaldes y blancas.



C. Monumentos de la Alhambra y Generalife
INSTITUTO DE CULTURA

Cuatro escuderos antiguos
Con dos pages le acompañan,
Que tras él respetuosos
El puente ferrado pasan,
Y galopando se alejan
De la sierra por la falda.
¿A donde vá el castellano
Sin guerreros y con armas?
¿Es quizás á algun torneo
Ó á algun festin que preparan?
Es á un banquete que un noble
En vecino fuerte daba,
Para lucir el boato
De su tren y de su casa.
Un señor que de la córte
Há poco tiempo llegara,
Cansado ya de negocios
y de intrigas cortesanas.

En una estancia opulenta
Del castillo de Don Alvar,
Que así nombran al hidalgo
Que el banquete y fiesta daba,
Osténtase rica mesa
Para el festin preparada,

Donde los vinos relucen
En grandes copas de plata.
Del salon en un estremo
Algunos nobles se hallan,
Que de caballos platican,
Y de guerras, y de cazas.
Otros, en opuesto lado
Rodean al buen Don Alvar,
Y de los reyes preguntan,
Y de las guerras de Italia.
Y en las anchas galerias
Y lujosas antecámaras,
Bullen pages y escuderos,
Y dueñas y Maestre-salas:
Oyose largo ruido
De espuelas y de pisadas,
Y con noble continente
Entró Don Juan en la estancia.
Despues de algunos instantes
Se abriéron dos puertas anchas,
Y mas hidalgos penetran,
Penetran hermosas damas;
Y el tapiz por fin alzando
Que un camarin ocultaba,
—«La condesa:» gritó un page,
Con voz reverente y clara.
—«La condesa...» repitieron
Todos, que verla anhelaban;

Pues no conoce ninguno,
A la hermosa castellana.
Bella en verdad aparece;
Su toca cual nieve blanca,
De ángel un rostro circunda
Que anima púdica gracia.
Y la esbeltéz de su talle
Un largo brial realza
De celeste terciopelo,
Que rico brocado esmalta.
Dos dueñas de grave porte
A la señora acompañan,
Y su esposo á recibirla
Cariñoso se adelanta.
Don Juan que á todos los nobles
En cortesía aventaja,
Anhela ser el primero
En saludar á la dama.
Llega, inclínase ante ella,
Ambos fijan sus miradas;
Ella se turba un momento,
Y él dice:—«Cielos... Constanza!...»
Mas con galante saludo
Su conmocion ocultara,
Y todos en el banquete
A ocupar sus puestos pasan.
Allí reinó la alegría,
Allí brindis se cruzaran,

Mas pensativos contemplan
Al conde de Belalcazar.
Despues, cuando en el sarao
Nobles y hermosas danzaban
Brillando sus ricos trages
A la lumbre de las lámparas,
Cuando era todo bullicio,
Cuando era todo algazara,
Él en el hueco apoyado
De una gótica ventana,
Como sombras las figuras
De aquel cuadro contemplaba,
Y clavábanse indiscretas
Sus pupilas abrasadas,
En las azules pupilas
De la condesa Constanza.

Mas tarde de su castillo
El ancho puente pasaba,
Y al resplandor de la luna
Desde su condal estancia,
Las fuertes torres observa
Del palacio de Don Alvar;
Y allí absorto le sorprende
Con sus fulgores el alba,

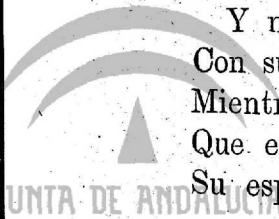
Embebido en las memorias.
De los días de su infancia.
Sin comprenderlo, suspira;
Siente oprimírsele el alma,
En la cual, encantadores,
Mil recuerdos se levantan;
Hasta que el ángel del sueño
Tendiendo sus leves álas,
Aduerme su fantasía
Entre ilusiones amadas.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

III.



Y mientras el conde sueña
Con su niñez alhagüeña;
Mientras soñando se olvida
Que es ya para siempre huida
Su esperanza mas risueña,

A la memoria traer
Podremos la grata historia
De su infancia, y comprender
Porqué le hace padecer
Aquella dulce memoria.

En esos dias dichosos
De la edad siempre querida
Que se alejan presurosos,
En los años venturosos
De la aurora de la vida,

En esa infantil edad
De alegría y de candor
Y grata felicidad,
En que es el placer verdad,
En que es mentira el dolor;

Cuando hay flores y no abrojos,
Cuando no alteran la calma
Ni desencantos ni enojos,
Ni lágrimas en los ojos,
Ni pasiones en el alma,

Gozoso el conde vivia,
Y en el castillo crecía
Bajo el materno cuidado,
A las artes entregado
Que á su rango convenia.

Como cumple á caballeros,
En el caballo y la lanza
Le adiestraban los guerreros,
Y en él, sus fieles pecheros
Colocaban su esperanza.

En otro fuerte almenado
Por un rio separado
De su castillo y su villa,
Un hidalgo de Castilla
Valeroso y arruinado,



JUNTA DE ANDALUCIA

Patrimonio Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

Tranquilo y feliz moraba
De armas y negocios lejos;
De la córte se olvidaba,
Y su ventura cifraba
Tras aquellos muros viejos,

En una adorada esposa,
Y en una niña nacida
En esta tierra dichosa,
Tan alegre y tan hermosa
Como su patria querida.

Y por Dios que se digera
Que un rayo de sol formó
Su dorada cabellera,
Y que á la rosa hechicera,
Su vivo carmin robó.

El limpido azul copiaron
Sus ojos, del puro cielo,
Donde sus luces brillaron,
Y cuyos rayos templaron
De las pestañas el velo.

Y crecía la doncella,
De su edad en los albores
Siendo del valle la estrella;
La flor mas pura y mas bella
De la tierra de las flores.

Cuando la tarde caia,
Con una dueña salia
Y al fresco prado bajaba,
Donde el perfume aspiraba
Del campo de Andalucia.

Allí al mísero indigente
Tendia su blanca mano
Ausiliándole clemente,
Y bendecian su frente
El huérfano y el anciano.

Y siempre en el bosque umbrio
O en las orillas del rio,
Al volver, al conde hallaba
Que cual ella paseaba
Todas las tardes de estio.

Algun preceptor severo
Al jóven señor seguia,
Que ya garrido y ligero
Sobre su caballo obero,
Por la llanura corria.

Pero siempre se apeaba
A los piés del montecillo
Donde el fuerte se asentaba,
Por do la niña pasaba
Para volver al castillo.



JUNTA DE ANDALUCIA

PC Monumental de Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA

En sus juegos infantiles
A su placer entregados,
Aquellos niños gentiles
Gozaban en los pensiles
Alegres y descuidados.

Y el dulce y feliz acento
De sus voces y sus risas,
Se mezclaba con el viento,
Y con el blando lamento
De las hojas y las brisas.

Flores el conde arrancaba
De aquellas sierras amenas
Con que guirnaldas formaba,
Y á la hermosa coronaba
De silvestres azucenas.

Mas los años trascurrieron,
Entrambos niños crecieron,
Y él mas apuesto, y mas bella
Y mas seductora ella,
Con los nuevos años fueron.

Catorce abriles contaba
La jóven encantadora;
Él, en diez y seis frisaba,
Y ya en sus frentes brillaba
De la juventud la aurora.

Una tarde el caballero
Triste vagaba y á pié
Sin preceptor ni escudero,
Por el florido sendero
Donde á la doncella vé.

Los ojos de vez en cuando
Hácia el castillo volvía
A alguien sin duda esperando,
Y en algo quizás pensando,
Por la colina subía.

A la antigua fortaleza
Distraído se acercaba;
Y del bosque en la maleza
Vió que la gentil belleza
Hácia él, ligera llegaba.

—«Gracias á Dios;» dijo el conde,
Que al fin quiere que te halle;
¿Por qué tu beldad se esconde?
¿Dónde has estado? responde;
No has ido al rio ni al valle?...»

—«No;» la niña respondía
Con tristeza;—«no salí
De mi estancia en todo el día;
Y vengo... porque... quería...»
—«¿Qué?»—«Despedirme de tí.»

—«¿Dejas esos muros viejos?
Quizás tus padres irán
De Córdoba á los festejos...»
—«No, Juan, que será mas lejos;
Mucho mas lejos, mi Juan.

«Mi padre que ya olvidado
Há muchos años vivia
De negocios separado
Y en su castillo encerrado
Feliz su vida corria,

«Sus vasallos y su tierra
Y nuestra querida sierra,
Deja, saliendo mañana
Con la hueste castellana
Para la distante guerra.

«Que ya cansado se siente
De esta solitaria vida;
Y allá á la Italia, valiente
Quiere marchar con su gente
Tras la gloria apetecida.

«Mi madre y yo partiremos
A la córte; pues allí
Deudos y amigos tenemos,
Y no quiere que quedemos
Mi padre, solas aquí.

«Ya con el gran capitán
Se embarcan en las galeras
Los hidalgos que allá van;
Fuerza es dejar mis riberas,
Mi valé y mi río; Juan.»

—«Con que partes... ¡cuán hermosa,
Dijo el conde, brillará
Allá en la corte dichosa,
La pura y naciente rosa
Que encanto á la sierra dá!...

«Allí dicen que hay placeres
Cuantos sueña el pensamiento;
Lucirás, pues bella eres;
Serás feliz; ¿mas qué quieres?
Pienso alegrarme y lo siento.

«Lo siento; ya en la pradera,
No hallaré tanta fragancia
La vecina primavera,
Sin mi dulce compañera,
Sin mi amiga de la infancia.

«Ya por los montes aquellos
Vagaré triste y á solas,
Sin verte jamás en ellos;
Ya no ornaré tus cabellos
De azucenas y amapolas.



Alhambra y Generalife
COMISERIA DE CULTURA

«Ya nunca á los ruseñores
Oiremos cantar aquí
De la luna á los fulgores...
¡Qué tristes serán las flores!...
¡Qué tristes serán sin tí!...»

—«Yo tambien siento dejar
Este apacible lugar
De la córte por el brillo;
Y aquesse viejo castillo
Que abandono con pesar.

«Mas vivirán en mi mente
De éstos lirios los aromas;
De ese arroyo la corriente;
Esa colina, esa fuente,
Donde beben las palomas.

«Y aun mas; nunca olvidaré
En el suelo castellano
Al amigo que dejé;
El que siempre tierno fué
Mas que un amigo, un hermano.»

—«¿Conservas Constanza mia
Algunas flores de aquellas
Que te daba cada dia,
Y que para tí cogia
Entre las flores mas bellas?

—«Si.»—«Pues guárdalas, hermosa;
Y al volver de los torneos,
Contempla una mística rosa,
Y recuerda cariñosa
Nuestros alegres paseos.»

—«¡Oh, sí; que nunca en mi vida
Nuestra infancia olvidaré...»

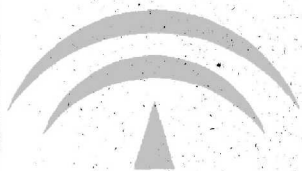
—«Y yo, tu imagen querida,
Siempre en la sierra florida
Como en mi pecho veré.»

—«Adios Juan.»—«Adios Constanza;
Adios; mi mente no alcanza
Porqué el alma se estremece...
¡Ay Constanza!... me parece
Que te llevas mi esperanza!...»

Así el mancebo decía;
Las lágrimas contenía,
Y de la niña amorosa,
Bajo su mano ardorosa,
Temblar la mano sentía.

Por un instante callaron;
Y en él aun mas se digeron,
Pues sus lágrimas hablaron...
Llorando se separaron,
Y á sus hogares volvieron.

Y al brillar el nuevo dia
El jóven conde sin calma,
Desde una torre veia
Que su Constanza partia
Y se llevaba su alma!...



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generali
CONSEJERÍA DE CULTURA

Ya diez años han pasado;
El conde en la córte ha estado,
Y al preguntar por su bella,
Ninguna noticia de ella
Nadie en la córte le ha dado.

Y hoy su mente adormecida
Aun sueña con su Constanza
Y con su niñez florida;
Pero el infeliz olvida
Que ha perdido la esperanza!

IV.

¿Quién al vogar por los mares
Borrascosos de la vida,
Su adolescencia querida
No recuerda con placer?
¿Y quién con amor no torna
Al retiro silencioso,
Que aun conserva misterioso
Ese recuerdo de ayer?

El castillo ceniciento
Entre encinares velado
Donde aquel noble olvidado
Tranquilo y feliz moró,
Donde Constanza creciera
De la sierra entre las flores,
Al perder á sus señores
Todo su encanto perdió.

Ya en la graciosa colina
Por donde niña bajaba
Y donde al conde encontraba
De los valles al volver,
Los huertecillos no existen
Que placenteros formaron,
Y sus rosas se agostaron
Para nunca florecer.

Mas en los álamos verdes
Los nombres se contemplaban,
Que ellos un tiempo gravaban;
Un tiempo de bien fugaz,
Y aun gemia el vientecillo
Entre las selvas sombrías,
Como en los plácidos días
De la inocencia y la paz.

En una tarde apacible
De esas limpidas y bellas,
Una tarde como aquellas
De juvenil ilusion,
Por la ribera una dama
Y antigua dueña subían,
Y dos pages las seguían
Con birrete y con blason.



Iba la dama lígera
Por la colina trepando,
De su infancia recordando
La envidiable soledad;
Y entre la brisa olorosa
Que sus rizos agitaba,
Aun creía que aspiraba
Los perfumes de otra edad.

Al fin, del fuerte atraviesan
Las antiguas galerías,
Por las cuales otros días
Alegre turba cruzó;
Y por la que ya tan solo
Estiende su vuelo errante,
La golondrina constante
Que en sus torres anidó.

Y en el hogar apagado
A cuya lumbre escuchaba
Al romero que tornaba
Sus aventuras contar,
Donde en las noches de invierno
Mientras la lluvia caía
Al fiel trovador oía
Raras historias cantar,

Triste, absorta permanece:
Que allí de su noble padre,
Allí de su tierna madre
Las sombras augustas vé;
Y de sus cándidos ojos
Dos puras lágrimas ruedan,
Que solo en su pecho quedan,
Memorias del bien que fué.

Desde la altiva muralla
Tras de las pardas almenas
Do tantas noches serenas
La blanca luna admiró,
Contempla el vasto horizonte
Que magnífico se extiende,
Y el rojo sol que descende,
Y así á la anciana le habló:

—«¿Recuerdas Guiomar, recuerdas
Los crepúsculos suaves
En que entonaban las aves
Su dulcísimo cantar,
Cuando contigo risueña
A los villares bajaba
Y venturosa cruzaba
El verdinegro olivar?

«¡Oh mi Guiomar! ¡cuán distintos
Eran los días aquellos,
En que de los prados bellós
Gozábamos el verdor!
En que pasaban los años
En tranquila bienandanza,
Sin zozobra ni esperanza,
Sin afanes ni temor.»

—«Señora, Guiomar repuso;
Cuando á Italia vos partísteis
Do vuestro padre perdisteis
Esposo digno al hallar,
¿Cómo imaginar que un tiempo
A estas montañas tornárais,
Y que siempre os acordárais
De vuestra pobre Guiomar!»

—«¡Oh cuantas horas de luto
Cubrieron mi amarga vida!
Mi madre, Guiomar querida
Presto en Castilla murió;
Y yo con mi anciano padre
Partí para estraña tierra,
Donde el furor de la guerra
Con estruendo resonó.

«Un día, ¡día terrible!
Con una profunda herida,
Mi padre casi sin vida
Cayó en la tremenda lid;
Y yo le ví moribundo...
Y sus palabras postreras,
Cual santas leyes severas
Resonaron para mí.

«Al par que yo, le velaba
Un ilustre caballero,
Que allá en el combate fiero
Viólo á su lado caer:
Él, de consuelos amantes
Mi triste pecho inundaba,
Y del anciano endulzaba
El acerbo padecer.

«Y cuando de nuestros brazos
Arrancábale impiá muerte,
Con débil voz, de esta suerte
Por última vez habló:
—«Don Álvaro, vos sois noble;
Sobre esta tierra apartada
Mi hija queda abandonada;
Velad por ella cual yo.»

«Entonces el buen hidalgo,
Mi trémula mano asiendo
Y de rodillas cayendo
Ante el lecho, dijo así:
—«Yo por el Dios que nos oye
Hacerla mi esposa os juro;
Morid Don Pedro seguro,
Que otro padre tendrá en mí.»

«Así, generoso apoyo
En mi orfandad me tendía;
De mi padre la alegría
Brilló en la pálida faz:
Espirante nos bendijo;
Y nuestras manos uniendo,
Su alma de la tierra huyendo
Subió á los cielos en paz!...»

Calló aquí doña Constanza;
Y de su pupila hermosa,
Una lágrima amorosa
Tranquila se deslizó:
Fijando en la casta luna
Melancólica mirada,
En su recuerdo estasiada
Por largo tiempo quedó.

Mas una voz conocida
 Que una trova ó un lamento
 Lanzaba débil al viento,
 La hizo en sí propia volver.
 Pues esa antigua balada
 Es de su infancia la historia;
 Es una grata memoria
 De su existencia de ayer.

—«¿Escuchas Guiomar?» la dama,
 Dijo confusa á su dueña;
 «Es la cancion halagüena
 Que otro tiempo entoné yo.»
 —«La trova, Guiomar responde,
 Que en este sitio, á esta hora,
 Don Juan para vos, señora,
 Enamorado cantó.»

—«¡Oh! partamos, dueña mia!...
 No debo escucharla hoy,
 Pues ya la niña no soy
 Que se la supo inspirar;»
 Dijo en su litera entrando;
 Y bajo su blanco velo,
 Oculta la faz de cielo
 Un sollozo al exhalar.



JUNTA DE ANDALUCIA

Monumental de la Alhambra y Generalife
 CONSEJERIA DE CULTURA

Pero al bajar la colina,
Como otro tiempo dichoso,
Al jóven conde amoroso
Sobre su caballo vió:
Con respeto saludola;
Y un suspiro lastimero,
El infeliz caballero
Dentro de su pecho ahogó.

¿Porqué el conde aun amante vagaba
A la falda del monte feráz?
¿Y la trova porqué recordaba
Que otro tiempo entonara fugáz?

¿Porqué en mágico sueño estasiado
Halagaba su blanca ilusion?
¿Porqué ¡ay cielos! porqué, si ha dejado
La ventura su gran corazon?

Por los sitios do grato vivia
Su recuerdo constante de ayer,
Al tornar solitario, sentia
Inefable, tranquilo placer.

¿Mas qué finé de su encanto querido?
¿Por qué triste abismado en su mal
Há la calma bendita perdido,
Corre en pos de insensato ideal?

¿Tanto puede un recuerdo borrado
De la dulce apacible niñez?
¿Era un fuego ya casi apagado
Que potente renace otra vez!...

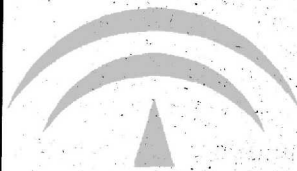
Solo busca su vista un objeto,
En el agua, en la selva, en la flor;
Y ocultando implacable secreto,
Vierte á solas su llanto de amor.

Y al vagar por los gratos lugares
Que admiraran su bien y solaz,
A ellos cuenta sus lentos pesares;
A ellos pide del alma la paz.

En la orilla del plácido río,
La paz busca que rápida huyó;
La paz busca en el bosque sombrío;
La paz ¡ay! que por siempre perdió...

Y ni selvas, ni rios, ni flores
A su pecho la pueden volver;
Todo en mudo lenguaje de amores,
Solo alcanza su duelo acrecer.

¡Ay del hombre sin dicha entregado
A violenta indomable pasión!
¡Ay del hombre á luchar condenado
Con su mísero y fiel corazón!



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generali
CONSEJERÍA DE CULTURA

V.

Es una hermosa mañana;
Huyen los luceros tímidos,
Ante el sol que alza brillante
Por el Oriente su disco.
Torna la sierra á la vida;
En los bosques escondidos,
Cantan alegres las aves,
Corren bullendo los rios.
Ábrense á la luz las flores,
Y abandonando sus nidos,
Cruzan águilas caudales
El ancho espacio vacío.
Y ya pages y escuderos
Con canciones y con gritos,
Grande algazara promueven
De Don Juan en el castillo.

Los alazanes adornan
Con caparazones ricos,
Y con ligeros penachos
Que acaricia el vientecillo.
Doquier, arneses se admiran;
Doquier, ricos atavios,
Y cintas de mil colores,
Y lanzas de acero fino.
Del conde los escuderos,
Limpian las armas activos,
Y alegres corren sus potros
Los jóvenes pagecillos.
Unos, ornan sus birretes;
Otros, sus cascos bruñidos;
Este, la malla se viste;
Aquel, suspende un anillo;
Y caballeriza y parque
Son confuso laberinto
De voces y de pisadas,
De carreras y relinchos.

Tan solo Don Juan en tanto,
Triste, absorto, pensativo,
Abismado permanece
En pensamientos distintos.

Y es, que aquese movimiento,
Aquese marcial ruido,
Aquellas galas que brillan,
Aquellos preparativos,
Un grato festin anuncian
Que dar quiere en su delirio,
A la hermosa de sus sueños,
Al bien que llora perdido;
Pues todos los ricos-hombres
De los estados vecinos,
Festejan á lós ilustres
Y nobles reciénvenidos;
Y él, mas que todos galante
Oculto su mal impío,
Y un gran torneo prepara
En su opulento castillo.
Por eso corren los pages;
Por eso es todo bullicio,
Y llora Don Juan á solas
Sus amantes desvarios.

En tanto el sol avanzaba
A mitad de su camino,
Dando mas vida á la selva,
Dando á las flores mas brillo.

Todo animacion respira;
Y los señores, festivos,
En el alcázar penetran
De sus donceles seguidos.
Este, con su verde banda,
Pinta su esperanza altivo;
Aquel, con la azul, demuestra
De los celos el dominio.
Y llegan despues las damas,
A cuyas plantas rendidos,
Los caballeros ofrecen
Bandas, cintas y albedrio.
De Doña Constanza allí,
Luce el rostro peregrino,
Siempre envidia de las bellas,
Siempre de beldad prodigio.
Don Juan entra en el palenque
De cuatro pages seguido,
Y aunque gallardo se muestra
Y es en lo cortés el mismo,
Todos notan en sus ojos
Algo de triste y sombrío;
Todos su divisa estrañan,
Y alegórico vestido;
Veste recamada luce
Del color verde-amarillo,
De que se tiñen las hojas
Pasado el ardiente estío,



JUNTA DE ANDALUCÍA

Cuando suspirando caen
De sus árboles queridos,
Al soplar las blandas brisas
Hijas del otoño tibio.
Sobre su casco acerado
Brillante como el sol mismo,
De color igual, el viento
Agita penacho rico.
Y en su escudo por divisa,
Un árbol vése marchito;
De él ruedan las hojas místicas,
De él huyen los pajarillos.
Debajo se ostenta solo
Un verso por mote escrito,
En que con asombro leen:
«Está mi pecho lo mismo...»
Pero los clarines suenan;
Dáse á la fiesta principio;
Y en vez de lanzas fornidas,
Los hidalgos aguerridos,
Débiles cañas manejan
Con las que muestran su brio.
Todos el color que eligen
Honrar quieren atrevidos,
Y en los ojos de sus damas
Buscan al valor estímulo.
Aqui, miradas se cruzan;
Allí, se cruzan suspiros,

La animacion acreciendo,
De la fiesta entre el bullicio.
Luego que rompen las cañas,
Corren ramos y morillos,
Que á sus damas cual trofeos
Ofrecen despues rendidos.
Don Juan su caballo deja,
Y subiendo al balconcillo
Donde está Doña Constanza
Que es su vida y su martirio,
Ante ella de hinojos puesto
Enamorado le dijo:

—«Vos señora sois la reina
De este festin que os dedico;
Vos que sois el ástro bello
Que dá á la sierra atractivo,
Aceptad esta sortija;
Yo condesa os lo suplico;
Por nuestra amistad pasada,
Por nuestra amistad de niños.»
Besó su mano galante,
Ella recibió el anillo,
Pero de carmin cubrióse.
Su megilla al recibirlo.
Dióle las gracias modesta;
El conde lanzó un suspiro,
Y de Don Alvar los ojos
Que tiene sobre ellos fijos,



JUNTA DE ANDALUCIA